



**antillanos**

**y**

**africanos**

**FRANTZ FANON**

Hace dos años, terminaba yo una obra<sup>1</sup> sobre el problema del hombre de color en el mundo blanco. Sabía que no era en lo absoluto necesario amputar la realidad. No ignoraba que en el seno mismo del «pueblo negro», esa entidad, se podían distinguir movimientos desgraciadamente bastante inestéticos. Quiero decir, por ejemplo, que a menudo el enemigo del negro no es el blanco, sino su propio congénere. Es por esto que yo señalaba la posibilidad de un estudio que contribuyese a la disolución de los complejos afectivos susceptibles de oponer a antillanos y africanos.

Antes de adentrarnos en el debate, quisiéramos hacer notar que esta historia de negros es una historia sucia. Una historia nauseabunda. Una historia ante la cual uno se halla totalmente desarmado si se aceptan las premisas de los deshonestos. Y cuando digo que la expresión «pueblo negro» es una entidad, con ello indico que si se excluyen las influencias culturales ya no nos queda nada. Hay tanta diferencia entre un antillano y un habitante de Dakar como entre un brasileño y un madrileño. Lo que se pretende al englobar a todos los negros bajo el apelativo «pueblo negro» es arrebatarles toda posibilidad de expresión individual. Lo que se pretende así es colocarlos en la obligación de responder a la idea que uno se hace de ellos. ¿Qué sería el «pueblo blanco»? ¿No se ve entonces que sólo puede haber una raza blanca? ¿Es necesario entonces que yo explique la diferencia que existe entre nación, pueblo, patria y comunidad? Cuando se dice «pueblo negro», se supone sistemáticamente que todos los negros están de acuerdo sobre ciertas cosas; que existe entre ellos un principio de comunión. La verdad es que no hay nada, *a priori*, que permita suponer la existencia de un pueblo negro. Que haya un pueblo africano, lo creo; que haya un pueblo antillano, lo creo. Pero cuando se me habla de «ese pueblo negro» trato de comprender. Entonces, desgraciadamente, comprendo que hay en eso una fuente de conflictos. Así pues, intento destruir esa fuente.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> *Peau noire, masques blancs* (Colección Esprit, Ed. du Seuil).

<sup>2</sup> Digamos que las concesiones que hemos hecho son ficticias. Filosófica y políticamente no hay un pueblo africano, sino un mundo africano. Del mismo modo que

Se me verá emplear términos como culpabilidad metafísica o locura de pureza. Pediré al lector que no se espante de ello; ese empleo será exacto en la medida en que se comprenda que, al no poder alcanzarse lo importante, o, más exactamente, al no ser deseado lo importante, uno se repliega hacia lo contingente. Es una de las leyes de la recriminación y de la mala fe. Reencontrar lo importante bajo lo contingente, tal es la urgencia.

¿Cuál es aquí el problema? Yo digo que en quince años se ha producido una revolución en las relaciones antillano-africanas. Y deseo mostrar en qué consiste este acontecimiento.

En la Martinica, es raro hallar posiciones raciales tenaces. El problema racial está recubierto por una discriminación económica y, en una clase social determinada, es sobre todo productor de anécdotas. Las relaciones no son alteradas por las acentuaciones epidérmicas. A despecho de la carga más o menos grande de melanina, existe un acuerdo tácito que permite a unos y a otros reconocerse como médicos, comerciantes y obreros. Un negro obrero estará del lado del mulato obrero contra el negro burgués. Esta es la prueba de que las historias raciales sólo son una superestructura, un manto, una sorda emanación ideológica que reviste una realidad económica.

Cuando allí se nota que un individuo es, a pesar de todo, muy negro, se hace sin desprecio, sin odio. Es necesario estar habituado a eso que uno llama espíritu martiniqueño para entender lo que pasa. Jankelevitch ha mostrado que la ironía era una de las formas de la buena conciencia. Es exacto que la ironía en las Antillas es un mecanismo de defensa contra la neurosis. Un antillano, principalmente un intelectual, que no se oriente sobre el plano de la ironía, descubre su negritud. Así pues, mientras que en Europa la ironía protege de la angustia existencial, en la Martinica protege de una toma de conciencia de la negritud. La misión consiste en desplazar el problema, en colocar lo contingente en su lugar y en dejar al martiniqueño la elección de los valores supremos. Se ve todo lo que

podría decirse si enfrentáramos esta situación a partir de las etapas kierkegaardianas. Se ve también que un estudio de la ironía en las Antillas es capital para la sociología de esta región. La agresividad, casi siempre, resulta allí amortiguada por la ironía.<sup>2</sup>

Para facilitar nuestra exposición, nos parece interesante distinguir en la historia antillana dos períodos: antes y después de la guerra de 1939-1945.

#### ANTES DE LA GUERRA

Antes de 1939, el antillano se decía felix<sup>3</sup> o al menos creía serlo. Votaba, iba a la escuela cuando podía, seguía las procesiones, amaba el ron y bailaba *biguine*. Los que tenían el privilegio de ir a Francia hablaban de París; de París, es decir, de Francia. Y los que no tenían el privilegio de conocer París se dejaban ilusionar.

Había también funcionarios que trabajaban en África. A través de ellos se veía un país de salvajes, de bárbaros, de indígenas, de criados. Es necesario decir ciertas cosas si no se quiere falsear el problema. El funcionario de la metrópoli, que retorna de África, nos ha habituado a los clichés: brujos, fetiches, *tam-tam*, bondad, fidelidad, respeto al blanco, retraso. El drama es que el funcionario antillano, al hablar de África, no lo hace en otros términos. Y como el funcionario no es solamente el administrador de las colonias, sino el gendarme, el aduanero, el notario, el militar, resulta que en todas las capas de la sociedad antillana se forma, se sistematiza, se fragua un irreductible sentimiento de superioridad sobre el africano. En todo antillano, antes de la guerra de 1939, no sólo había la certidumbre de una superioridad sobre el africano, sino de una diferencia fundamental. El africano era un negro y el antillano un europeo.

Todo el mundo parece conocer estas cosas; pero, en verdad, nadie en lo absoluto las tiene en cuenta.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, el Carnaval y las canciones compuestas en esta ocasión.

<sup>3</sup> Se podría decir: como la pequeña burguesía francesa de esta época; pero no es esa nuestra perspectiva. Lo que queremos estudiar aquí es el cambio de actitud del antillano con respecto a la negritud.

Antes de 1939, el antillano reclutado voluntariamente en el ejército colonial, iletrado, o sabiendo leer y escribir prestaba servicios en una unidad europea, mientras que el africano, con excepción de los originarios de los cinco territorios, lo hacía en una unidad indígena. El resultado sobre el cual queremos llamar la atención es que, cualquiera que fuese el dominio considerado, el antillano era superior al africano, de otra esencia, asimilado al ciudadano de la metrópoli. Pero como en el exterior era un poquito africano, puesto que era negro, estaba obligado —reacción normal en la economía psicológica— a fortalecer sus fronteras a fin de estar al abrigo de todo desprecio.

Digamos que, no contento con ser superior al africano, el antillano lo despreciaba, y si el blanco podía permitirse ciertas libertades con el indígena, el antillano, por su parte, no podía hacer lo mismo. Y es que, entre blancos y africanos, no había necesidad de una llamada al orden, esto salta a la vista. ¡Pero qué drama si, de repente, el antillano era tomado por africano!...

Digamos también que esta posición del antillano era autenticada por Europa. El antillano no era un negro, era un antillano, es decir, casi un ciudadano de la metrópoli. Con esta actitud, el blanco daba razón al antillano en su desprecio del africano. En suma, el negro habitaba en África.

En Francia, antes de 1940, cuando se presentaba a un antillano en una sociedad bordelesa o parisiense, siempre se agregaba: originario de la Martinica. Y digo Martinica porque, ¿se ha adivinado? la Guadalupe —no se sabrá nunca por qué— era considerada como un país de salvajes. Hoy todavía, en 1952, nos sucede que oímos a un martiniqueño afirmar que «ellos» (los de la Guadalupe) son más salvajes que «nosotros».

El africano, por su parte, era en África el representante real de la raza negra. Además, cuando un patrón reclamaba un esfuerzo demasiado grande de un martiniqueño, éste le respondía: «Si quiere un negro vaya a buscarlo a África»; entendiéndose con eso que los esclavos y los trabajadores por la fuerza se reclutaban en otra parte. Allá, entre los negros.

El africano, inferiorizado, despreciado —con la excepción de algunos escasos «evolucionados», se corrompía en el laberinto de su epidermis. Como se ve, las posiciones eran nítidas: de un lado el negro, el africano; del otro el europeo y el antillano. El antillano era un negro, pero el negro estaba en África.

En 1939, ningún antillano en las Antillas se declaraba negro o pretendía tener parentesco negro. Cuando lo hacía era siempre en sus relaciones con un blanco. Era el blanco, el «blanco malo», quien lo obligaba a reivindicar su color o, más verdaderamente, a defenderlo. Pero se puede afirmar que en las Antillas, en 1939, no brotaba ninguna reivindicación espontánea de la negritud.

Es entonces cuando, sucesivamente, van a producirse tres acontecimientos.

Y ante todo la llegada de Césaire.

Por primera vez, se verá a un profesor de liceo, o sea, un hombre aparentemente digno, decir simplemente a la sociedad antillana «que es bueno y bello el ser negro». Esto era, ciertamente, un escándalo. Se ha contado que en esa época él estaba un poco loco, y que sus camaradas de promoción se esforzaban en dar detalles sobre su pretendida enfermedad.

¿Qué otra cosa más grotesca, en efecto, que un hombre instruido, un diplomado, que por ende había comprendido muchas cosas, entre otras la de que «era un desgracia ser negro», clamando que su piel era bella y que el «gran agujero negro» es una fuente de verdades? Ni los mulatos ni los negros comprendieron este delirio. Los mulatos, porque se habían escapado de la noche y los negros, porque aspiraban a salir de ella. Dos siglos de verdad blanca le quitaban la razón a este hombre. Era necesario que estuviese loco, pues no podía admitirse que tuviera razón.

Apaciguado el sobresalto, todo pareció tomar de nuevo su primer aspecto... Y Césaire habría de estar errado hasta que se produjo el segundo acontecimiento: me refiero a la derrota francesa.

Con Francia vencida, el antillano asistía en cierto sentido al asesinato del padre. Esta derrota nacional habría podido ser vivida como lo fue en la

metrópoli; pero una buena parte de la flota francesa quedó bloqueada en las Antillas durante los cuatro años de la ocupación alemana. Quisiera llamar la atención del lector sobre este punto. Creo que es necesario entender la importancia histórica de esos cuatro años.

Antes de 1939 había en la Martinica alrededor de dos mil europeos. Esos europeos tenían funciones definidas, estaban integrados a la vida social, interesados en la economía del país. Ahora bien, de la noche a la mañana, sólo la ciudad de Fort-de-France fue sumergida por cerca de diez mil europeos con una verdadera mentalidad racista, que hasta ese momento se había mantenido latente. Quiero decir que los marinos del *Béarn* o del *Emile Bertin*, que anteriormente se detenían en Fort-de-France durante ocho días, no tenían tiempo de manifestar sus prejuicios raciales. Los cuatro años durante los cuales se vieron obligados a vivir cerrados sobre sí mismos, inactivos, víctimas de la angustia cuando pensaban en sus padres dejados en Francia, víctimas frecuentes de la desesperación ante el porvenir, les permitieron dejar caer una máscara, que por demás era bastante superficial, y comportarse como «auténticos racistas». Agreguemos que la economía antillana sufrió un rudo golpe, pues fue preciso encontrar, sin transición, cuando ninguna importación era posible, de que nutrir diez mil hombres. Además, muchos de esos marinos y militares pudieron trasladar a sus mujeres y a sus hijos, a los cuales fue preciso albergar. La Martinica tuvo su crisis de la vivienda después de su crisis económica. El martiniqueño consideró responsables de todo aquello a los blancos racistas. El antillano, ante esos hombres que lo despreciaban, comenzó a dudar de sus valores. El antillano atravesaba su primera experiencia metafísica.

Y luego vino la Francia libre. De Gaulle, en Londres, hablaba de traición, de militares que rendían su espada aun antes de haberla desenvainado. Todo esto contribuyó a persuadir a los antillanos de que la Francia de ellos no había perdido la guerra, sino que algunos traidores la habían vendido. Y esos traidores, ¿dónde se encontraban, sino escondidos en las Antillas? Y se vio esta cosa extraordinaria:

antillanos que rehusaban descubrirse durante la ejecución de la *Marsellesa*. ¿Qué antillano no recuerda esos jueves por la noche cuando, sobre la explanada de la Sabana, las patrullas de marinos armados reclamaban silencio y atención mientras se tocaba el himno nacional? ¿Qué había pasado?

En virtud de un proceso fácil de comprender, los antillanos habían asimilado la Francia de los marinos a la mala Francia, y la *Marsellesa* que respetaban esos hombres no era la de ellos. No hay que olvidar que esos militares eran racistas. Ahora bien, «a nadie le cabe duda de que el verdadero francés no es racista, es decir, no considera al antillano como un negro». Puesto que aquellos hombres lo hacían, eso quería decir que no eran verdaderos franceses. ¿Quién sabe, a lo mejor, si alemanes? Y de hecho, sistemáticamente, el marino fue considerado como un alemán. Pero la consecuencia que nos interesa es la siguiente: ante diez mil racistas el antillano se vio obligado a defenderse. Sin Césaire esto le hubiera sido difícil. ¡Pero Césaire estaba allí y con él se entonaba ese canto, antes odioso, de que es bello y bueno y está bien el ser negro!...

Durante dos años, el antillano defendió palmo a palmo su «color virtuoso» y, sin sospecharlo, danzaba sobre un precipicio. Pues en fin, si el color negro es virtuoso, ¡seré más virtuoso cuanto más negro sea! Entonces, salieron de la sombra los muy negros, los «azules», los puros. Y Césaire, fiel cantor, repetía: «por más que el tronco del árbol se ha pintado de blanco, las raíces debajo siguen siendo negras». Entonces se hizo realidad que no sólo lo negro-color se encontraba valorizado, sino también lo negro-ficción, lo negro-ideal lo negro en lo absoluto, lo negro-primitivo, el negro. ¿Qué era esto, sino provocar en el antillano una refundición total de su mundo, una metamorfosis de su cuerpo? ¿Qué era, sino exigir de él una actividad axiológica inversa, una valorización del rechazado?

Pero la historia continuaba. En 1943, cansados por un ostracismo al cual ellos no estaban acostumbrados, irritados, hambrientos, los antillanos, antes repartidos en grupos sociológicos cerrados, quebrantaban las barreras, se ponían de acuerdo sobre

ciertas cosas, —entre otras, sobre que esos alemanes habían sobrepasado los límites— y obtenían, apoyados por el ejército local, la adhesión a la Francia libre. El almirante Robert, «ese otro alemán», cedía. Y es entonces cuando tiene lugar el tercer acontecimiento.

Se puede decir que las manifestaciones de la Liberación, que tuvieron lugar en las Antillas, y en todo caso en la Martinica, durante los meses de julio y agosto de 1943, fueron la consecuencia del nacimiento del proletariado. La Martinica sistematizaba por primera vez su conciencia política. Es lógico que las elecciones que siguieron a la Liberación hayan elegido a dos diputados comunistas sobre tres. En la Martinica, la primera experiencia metafísica, o si se quiere ontológica, coincidió con la primera experiencia política. Comte convertía al proletariado en un filósofo sistemático; el proletario martiniqueño, por su parte, es un negro sistematizado.

#### DESPUÉS DE LA GUERRA

Así pues, el antillano después de 1945, ha alterado sus valores. Mientras que antes de 1939 tenía los ojos fijos en la Europa blanca, y el bien para él era la evasión fuera de su color, en 1945 se descubre, no solamente de color negro, sino un hombre negro, y es hacia la lejana África hacia donde lanzará sus pseudópodos en lo adelante. El antillano en Francia recordaba constantemente que él no era un negro; a partir de 1945, el antillano, en Francia, recordará constantemente que él es un negro.

Mientras tanto, el africano continuaba su camino. El no estaba desgarrado, no tenía por qué situarse simultáneamente ante el antillano y ante el europeo. Estos últimos pertenecían al mismo costal, el de los explotadores, el de los bandidos. Claro está, había habido un Eboué que, en la conferencia de Brazzaville, a pesar de ser antillano, había hablado a los africanos diciéndoles: «Mis queridos hermanos». Y esta fraternidad no era evangélica, estaba basada sobre el color. Los africanos habían adoptado a Eboué. Éste les pertenecía. Ya podían venir los demás antillanos, que sus pretensiones de *baobabs* eran conocidas. Ahora bien, para gran sorpresa de todos, los antillanos llegaron a África después de 1945, y

se presentaron con las manos suplicantes, la espalda encorvada, agobiados. Llegaban a África con el corazón pleno de esperanzas, descosos de reconstruir el origen, de nutrirse en las auténticas ubres de la tierra africana. Los antillanos, funcionarios y militares, abogados y médicos, que desembarcaban en Dakar, se sentían desgraciados por no ser lo bastante negros. Quince años atrás, le decían a los europeos: «No se fijen en mi piel negra, es el sol que me ha tostado así, mi alma es blanca como la de ustedes». A partir de 1945, cambian de propósitos. Ahora le dicen a los africanos: «No se fijen en mi piel blanca, mi alma es negra como la de ustedes y es eso lo que importa».

Pero los africanos les tenían demasiado rencor para que la transformación fuese tan fácil. Reconocidos en su negrura, en su oscuridad, en lo que, hace quince años, era la culpa, los africanos denegaron al antillano toda veleidad en ese terreno. Se descubrían al fin poseedores de la verdad, portadores seculares de una inalterable pureza, y remitieron al antillano hacia el otro lado, recordándole que ellos no habían desertado, que ellos no habían traicionado, que ellos habían sufrido y luchado sobre la tierra africana. El antillano había dicho no al blanco; el africano decía no al antillano.

Este último pasaba por su segunda experiencia metafísica. Experimentaba ahora la desesperación. Obsesionado por la impureza, abrumado por la responsabilidad, surcado por la culpabilidad, vivió el drama de no ser ni blanco ni negro.

Lloró, compuso poemas, cantó al África: África dura y bella tierra, África explosión de cólera, ajeteo tumultuoso, deslumbrante, África tierra de verdad. En el Instituto de Lenguas Orientales de París, aprendió el *Bambara*. El africano, en su majestad, condenaba todos los trámites. El africano, tomaba su revancha y el antillano pagaba...

Si intentamos ahora explicar y resumir la situación, podemos decir que en la Martinica, antes de 1939, no había negros de un lado y blancos del otro, sino gamas coloreadas cuyos intervalos eran fáciles de franquear. Era suficiente tener niños con un poco menos de negro que los padres. No había barrera racial, no había discriminación. Había ese sabor

irónico, tan característico de la mentalidad martiniqueña.

Pero en África, la discriminación era real. Allí el negro, el africano, el indígena, el sucio negro era rechazado, despreciado, maldito. Allí había amputación, desconocimiento de humanidad.

Hasta 1939 el antillano vivía, pensaba, soñaba — así lo hemos mostrado en nuestro ensayo *Peau noire, masques blancs*—, componía poemas y escribía novelas, tal como lo hubiera hecho un blanco. Se comprende ahora por qué le era imposible cantar, como los poetas africanos, la noche negra. «La mujer negra de talones rosados». Antes de Césaire, la literatura antillana es una literatura de europeos. El antillano se identificaba con el blanco, adoptaba una actitud de blanco, «era un blanco».

Después de que el antillano fue obligado, bajo la presión de los europeos racistas, a abandonar posiciones que eran a la larga frágiles, en tanto que absurdas, en tanto que inexactas, en tanto que alienadoras, va a hacer una nueva generación. El antillano 1945 es un negro...

Hay, en *Cahier d'un retour au pays natal*, un período africano. pues:

*A fuerza de pensar en el Congo  
Me he vuelto un Congo susurrante de  
(arboledas y ríos)*

Entonces, vuelto hacia África, el antillano va a llamarla desde lejos. Se descubre hijo trasplantado de esclavos, siente la vibración de África en lo más profundo de su cuerpo y sólo aspira a una cosa: sumergirse en el gran «agujero negro».

Parece, pues, que el antillano, tras el gran error blanco, está viviendo ahora en el gran espejismo negro.

(Publicado en la revista *Esprit*, febrero de 1955.)

(Traducción de Rinaldo García Ramos)

## DISCURSO EN *the militant labor forum, nueva york*

MALCOLM X



Señor Director (quien además es uno de mis hermanos), señoras y señores, hermanas y hermanos:

Es para mí un honor regresar esta tarde al Militant Labor Forum. Vengo aquí por tercera vez. Hace unos momentos le decía yo a mi hermano que probablemente la prensa, el día de mañana, intentará presentar esta pequeña charla como si hubiese tenido lugar en Pekín o en algún sitio semejante...

Esta noche, en el breve tiempo a nuestra disposición, vamos a conversar, hermanos y amigos, sobre las perspectivas de la paz, o las perspectivas de la libertad en 1965. Como ustedes habrán advertido, casi me equivoco y digo paz y libertad. En realidad no son separables una de la otra porque nadie puede estar en paz a menos que tenga libertad. Son términos indivisibles y esta unidad convierte a 1965 en un año explosivo y peligroso.

La gente en este país que en otras épocas ha sido pacífica y ha disfrutado de la paz, ha actuado así porque ignoraba el sentido de la libertad y ponía su definición en otras manos. Hoy, en 1965, hallarán ustedes que quienes han carecido de libertad